

FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*. CSIC, Madrid, 1987; 370 pp., 8 láms.

La obra que nos ofrece ahora Francisco Aguilar Piñal no es sólo la biografía de un escritor ilustrado; es una visión de la historia del siglo XVIII desde el punto de vista de un hombre, Cándido María Trigueros, dedicado al estudio y a la investigación, tanto de temas científicos como humanísticos, de una forma casi adictiva. Aguilar Piñal se ha servido de este personaje, casi desconocido hasta hoy, para pasar revista a los distintos asuntos que se debatieron en la segunda mitad del siglo XVIII. La erudición, la historia, la reforma teatral, el conocimiento de nuestra historia literaria, de nuestra lengua, las disputas entre escritores y eruditos, el ambiente de las academias, las controversias entre los actores y los reformadores de la escena, los cambios del gusto literario, etc., etc., son algunos de los aspectos que pasan por delante del lector, estudiados ahora desde la perspectiva de la significación de Trigueros en todos ellos.

Con esta obra, la figura de Trigueros, sobre el que generalmente se repetían los mismos juicios erróneos —que Aguilar Piñal reproduce y rectifica en la introducción—, queda centrada dentro del panorama literario dieciochesco, pero, a la vez, tenemos mejor noticia de cómo se desarrollaron asuntos como la creación de la cátedra de Historia literaria, o la introducción de la poesía bucólica y filosófica, por ejemplo. El libro se divide en dos partes: una primera, biográfica, en la que además se estudia su labor investigadora y erudita, y una segunda, donde se extiende el autor sobre la “Obra literaria” de Trigueros.

Trigueros nació en Orgaz en 1736 y, tras vivir en Madrid varios años, se instaló en Carmona, desde donde llevó adelante un sinnúmero de trabajos, dedicándose a las más variadas materias. Dice Aguilar Piñal:

Fue un estudioso de curiosidad enciclopédica, que poseía su propio gabinete experimental de física y química, lector infatigable de clásicos y modernos, aplicado tanto a temas humanísticos como científicos, pasando de la epigrafía a la geología, de la numismática a la botánica, de la pedagogía a la economía agraria, sin haber pisado nunca las aulas universitarias (p. 19).

Escribió, además de disertaciones y discursos académicos, sermones, comedias, tragedias, crítica teatral, poesía, “novela”, tradujo a autores clásicos y refundió algunas obras del teatro antiguo español. Seguramente por lo que más se le conozca sea por refundidor y por ser el autor de *Los menestrales*, de *El precipitado* y del *Poeta filósofo*.

Aguilar Piñal señala en varias ocasiones a lo largo del libro que Trigueros no recibió instrucción universitaria. Sin embargo, sabemos que no es necesario tener esa educación para poseer una fuerte cultura. Lo mismo le sucedía a Leandro F. de Moratín. Curioso resulta, y por ello recibió ataques, que se le encargara, sin tener experiencia universitaria, un plan de estudios para la reforma de la Universidad. Lo cierto

es que, a pesar de las críticas, el plan tiene un valor extraordinario y que, en muchos aspectos, podría aplicarse todavía hoy. La preparación filosófica y cultural que apunta como necesaria a todos los ramos de la ciencia y la necesidad de aprender a estudiar e investigar, es decir, cuanto escribe sobre teoría del conocimiento, sería igualmente necesario y válido hoy en día.

La curiosidad de este “apasionado defensor de la lengua castellana”, que sabía además griego, hebreo, latín, inglés y francés, le llevó a ser el primero en muchas cosas. Aguilar Piñal hace relación de estas novedades: entre otras, fue el primero que propuso, en 1768, la creación de una cátedra de Historia literaria (que se verificaría veinte años después); inició la poesía filosófica en 1774; fue también el autor de la primera tragedia representada desde hacía dos siglos, de la primera comedia neoclásica, *El mísero y el pedante* (1763), de la más antigua traducción del *Tartuffe* (1768), de la primera comedia escrita en prosa, *El precipitado* (1773), de la primera comedia burguesa con conflicto social, *Los menstruales* (1784). Fue también el primero que editó el *Poema del Cid*, aunque fuera sólo fragmentariamente, cuando publicó en 1775 los 197 versos iniciales. Evidentemente, ser el primero en hacer algo no quiere decir que se sea el mejor, ni que se vaya a poner de moda eso que se hace por primera vez, pero es claro que es así como se abren caminos nuevos a los que otros darán forma o adaptarán de manera que esa novedad logre el éxito que no alcanzó con su iniciador. De hecho, pocas veces Trigueros alcanzó éxito de público, si exceptuamos la aceptación póstuma de sus refundiciones.

Siguiendo el camino de Trigueros por las distintas instituciones a las que perteneció —Academia de Buenas Letras de Sevilla, Sociedad Económica Sevillana, Estudios de San Isidro, Jardín Botánico, Academia de la Historia—, seguimos nosotros la historia de cada una de ellas, sus avatares e intereses. Vemos de qué forma estas instituciones intentan hacerse útiles a la nación. Éste, el de la utilidad, era el principal objetivo de Trigueros y ésta precisamente la causa de que sufriera algunos disgustos, resultado de chocar contra aquellos que buscaban renombre y brillo desempeñando cargos importantes en academias y sociedades. Aguilar Piñal reitera esta idea de Trigueros, que chocará incluso en la Academia de la Historia con otros intereses. Una desavenencia con varios académicos (algunos, antiguos enemigos suyos) será la causa de que deje de acudir a la Academia desde 1796 hasta su muerte.

Interesantes resultan, por tanto, las noticias que se nos ofrecen sobre la vida de los escritores, sobre sus relaciones, sobre las camarillas que se disputaban el poder y la fama. Trigueros tuvo discrepancias y enfrentamientos con Pérez Bayer, con Tomás Antonio Sánchez, con el grupo formado por Moratín, Estala y Forner —aunque los dos últimos tuvieran también sus quejas de Moratín.

De lo expuesto por Francisco Aguilar Piñal, en cuanto se refiere a

la labor erudita de Trigueros, se deduce que el beneficiado de Carmo-
na estuvo presente en casi todos los proyectos de interés científico que
se desarrollaron durante su vida, aportando datos, inscripciones, estu-
dios, plantas para el Jardín Botánico, etc. Pero esta labor no siempre
fue reconocida por aquellos que se beneficiaron de ella.

Trigueros tenía gran capacidad de trabajo, de otra forma no se ex-
plica su enorme producción, casi toda inédita. Por lo que respecta a la
obra literaria, sucedía lo mismo. Jovellanos, en varias ocasiones, aun-
que le induce a que se dedique a labores más serias —tal vez pensando
que el talento de Trigueros está en la investigación y no en la poesía—,
se asombra de la facilidad de éste para el verso: “Cada día me tiene
más admirado la portentosa facilidad con que Vd. produce esta especie
de obras, que piden la constancia y el tiempo de una vida entera”. Y,
refiriéndose a la versatilidad del autor, añade: “sobre todo me admira
la soberanía con que Vd. domina todos los ramos de seria y agradable
literatura, pasando desde la economía a las musas, y de las musas a la
física, y jugando igualmente con la lira de Apolo que con el compás de
Minerva” (pp. 161-162). Aguilar Piñal excluye la ironía de estas pala-
bras de Jovellanos. Sin embargo, sin negar lo evidente, que es la enor-
me y variada producción de Trigueros, sí parece asomar, por detrás
de la admiración de Jovellanos, cierta burla o más bien cierta increduli-
dad respecto a la calidad de sus trabajos. De hecho, Trigueros no es
un buen poeta, a pesar de introducir la poesía filosófica.

Pero lo que más le interesaba no era pasar a la historia como poeta,
sino como erudito, como alguien útil a su patria. Por esto, Trigueros,
crítico, monárquico, moralizante, antijesuítico, didáctico, logra ver col-
mada su felicidad cuando a los cincuenta y seis años de edad es elegido
individuo de número de la Academia de la Historia, el 7 de junio de 1792.

Trigueros murió en 1798. Sus múltiples papeles han corrido suerte
varia. Unos pasaron a la Academia de la Historia, otros están en la Bi-
blioteca Colombina de Sevilla, en la Menéndez Pelayo de Santander,
en la Nacional de Madrid, así como en el Archivo Municipal de Valencia.

Desde que Cotarelo le dedicó varias páginas en *Iriarte y su época*, dando
muchas noticias sobre sus trabajos, nadie había vuelto a ocuparse siste-
máticamente de Trigueros. Aguilar Piñal, que había ido dándonos no-
ticias de este personaje por lo menos desde veinte años atrás, nos ha
ofrecido este libro, buen ejemplo de historia literaria que, por otra par-
te, no está cerrado. Queda todavía valorar críticamente la obra de Tri-
gueros, responder a incógnitas que su autor no ha podido solventar.
Sin embargo *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, es un buen punto
de partida desde el que intentar la solución de esas incógnitas, como
de aquellas otras que su lectura pueda sugerir.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid